

los demasado jóvenes cuando llevaban sus respecti-
 vas armas. Los destemerosos que los encontraron
 no los detuvieron porque no creyeron notar en ellos
 nada que les pareciese sospechoso.
 Por la noche fué Cruz con toda su gente para ha-
 cer el matrimonio.
 —Pues Margarita y Ascencio se han escapado esta
 madrugada, le contestaron.
 —Es particular, dijo Cruz sorprendido, para no
 darse el gusto de casarse con la fuerza, han querido
 pagarme el chasco de casarse ellos voluntariamente.
 —Pues paciencia!

CAPITULO L

OTRO MARTIR.

Dejamos á Morelos ocupado en acometer la gran empresa de apoderarse de la plaza de Valladolid que estaba bien amurallada y guarnecida, y que contaba desde luego con el auxilio exterior de un ejército que mandaban Llano é Iturbide; dos gefes que se habian hecho distinguir por su valor, actividad y conocimientos militares.

La primera medida de Morelos que se sentia en aquellos terribles momentos algo desvanecido por sus triunfos anteriores y por su elevacion al grado de generalísimo, cosa que le impedia tomar la resolucion de retirarse por parecerle deshonoroso, aunque estaba convencido de que era lo más conveniente, fué mandar á Galeana para que con sus fuerzas y las de Don Nicolás Bravo se situara en la garita del Zapote con el fin de contener allí al ejército realista, mientras él

atacaba la plaza; pero Galeana llevado de su ardor bélico no se conformó con esta mision pasiva, sino que dejando el cuidado de su retaguardia á Bravo, se lanzó con sus columnas á las trincheras con tal ímpetu que envolvió á los realistas, les quitó los cañones y penetró á las calles en donde se formalizó un combate sangriento. Simultáneamente Bravo resistia un ataque rudo del ejército realista mandado por Iturbide que llegaba por la mencionada garita del Zapote, teniendo el gefe insurgente que replegarse á los puntos en que se batia Galeana, lo cual hizo que este se encontrara cogido entre dos fuegos, aunque sin desanimarse por esto pues durante dos horas y media estuvo haciendo frente unas veces á Iturbide y otras á los de la plaza, hasta que dominado por el número pidió refuerzos á Morelos, que le mandó á Matamoros con su division sin que pudiera llegar á tiempo de salvarlo por el rodeo que tenia que hacer entre los corrales para poder incorporársele.

—Estamos perdidos si no recibimos pronto auxilio, dijo Galeana á Bravo, pues acabo de ver una gruesa partida que viene de la plaza á cogernos tambien por el flanco izquierdo.

—Debemos retirarnos de aqui, general, le contestó Bravo porque el auxilio está muy lejos para que pueda llegarnos oportunamente.

—Retirarnos, ¿y por dónde?

—Por entre el enemigo de la retaguardia.

—Lo intentaremos.

Y Galeana dió orden para formar en columna ce-

rrada y cargar al cuerpo de Iturbide de triple fuerza de la suya que venia avanzando.

El choque fue terrible. Galeana en el primer empuje perdió su caballo y tuvo que montar en el de un dragon que no le ofrecia las mismas seguridades y en el siguido combatiendo con inminente peligro de caer prisionero a cada momento, pues los enemigos lo querian coger vivo y con frecuencia lo rodeaban; pero el se abria paso sembrando la muerte a derecha e izquierda y de esta manera pudo salvar los restos de su columna dejando ciento veinte prisioneros en poder de Iturbide que los mando fusilar en el acto para celebrar su victoria. Por fortuna casi todos eran soldados y no iba entre ellos ningun oficial de importancia. La perdida total de Galeana fue la de setecientos hombres entre muertos y prisioneros. Los realistas tuvieron aun mas numero de muertos y heridos: estos ultimos no cupieron en los edificios destinados para hospitales.

Matamoros, que llego fuera de oportunidad, como hemos dicho al lugar del combate, solo se ocupó en recoger armas y dispersos, regresando luego a las lomas de Santa Maria donde estaba el campamento principal de los insurgentes. El mismo al siguiente dia reunió el ejército en el llano para pasarle revista con objeto de que pudiera saber Morelos con los elementos con que contaba a punto fijo y en vista de ellos tomar alguna resolucion. Cuando estaba haciendo esta pacifica maniobra se le presentaron seiscientos hombres de caballeria enemiga con infantes subi-

dos a la grupa mandados por Iturbide, llevando la misma señal de reconocimiento que los insurgentes, por haber sido sorprendida, lo cual no les impidió que fueran prontamente destrozados, logrando sin embargo sesenta dragones muy bien montados y destinados a tal objeto, subir a donde estaba el cuartel general de Morelos para apoderarse de este caudillo con lo que creian iban a dar por terminada aquella guerra. Efectivamente llegaron hasta donde se encontraba Morelos acompañado solo del coronel Rafael Fuentes, que era en aquellos momentos el jefe de su Estado Mayor, el cual le dijo:

—Es el enemigo, pero la serenidad puede salvarnos.

—En efecto, son enemigos, le contestó Morelos sin inmutarse.

—Valientes soldados, les gritó Rafael adelantando se, escolten ustedes a su general Llano que se encuentra aquí solo completamente.

—¿Cómo pues que se hizo Morelos? le preguntó el oficial que mandaba los sesenta dragones.

—Morelos está allá abajo en el combate; se nos escapó luego que venimos aquí a buscarlo.

La casualidad de que Morelos estuviera vestido como Llano aquel dia y que llevara una montura española y un caballo semejante al suyo, hizo que aquella fuerza se engañara momentáneamente, esto es, mientras Rafael pudo conducirlos a una emboscada en el centro de la verdadera escolta del caudillo que

á su orden cargó sobre los dragones realistas sin dejar uno solo con vida.

El combate se prolongó hasta el oscurecer con tropas de refresco que estuvieron saliendo de la plaza, quedando siempre la victoria por los independentes; pero en la noche sufrieron estos un fracaso de esos que mientras mas se repiten en tiempo de guerra mas inexplicables parecen por la estupidez que revisten. Es el caso que el padre Navarrete, guerrillero notable de aquella época, que habia logrado reunir mas de ochocientos hombres, estaba citado para concurrir con sus tropas á las operaciones de Valladolid y que por la poca costumbre que existia de obedecer al pié de la letra las órdenes superiores, siendo lo mas comun que no concurrieran á tiempo á las combinaciones militares, habia retardado su movimiento, ocultando de la manera mas torpe el aviso de que iba á llegar despues de la media noche al campo de los insurgentes. Sobresaltados como estaban estos por los frecuentes combates que habian estado sosteniendo dos días seguidos, al sentir la aproximacion de una fuerza por la retaguardia, sin tener conocimiento de su llegada, coligieron que era el enemigo y Matamoros mandó darle una carga de las mas bruscas: la oscuridad de la noche se encargó de hacer lo demas, sin que los realistas, que tambien se pusieron en alarma, necesitaran hacer otra cosa que disparar unas cuantas docenas de cañonazos y destacar unos trescientos dragones que perfeccionaron el desorden dispersando á unos y á otros en menos de una media

hora de un combate que no fué combate sino confusion y griteria.

La serenidad de Galeana salvó como siempre una buena parte de aquel desmoralizado ejército, situándose en el Puerto Viejo en donde estuvo reuniendo á la mayor parte de los dispersos: recogió tambien muchas armas y una pieza de artilleria.

En estas acciones que hemos ligeramente apuntado, se condujo bizarramente D. Guadalupe Victoria que habia comenzado á figurar en el sitio de Oaxaca y respecto de cuyo notable independiente tenemos que escribir tambien una leyenda.

Bustamante calcula en ochocientos mil pesos la pérdida que tuvieron en la retirada los insurgentes, computándose solo la plata, los equipages y los víveres.

Despues de dos días de retirada incesante en medio de la persecucion encarnizada que les hizo Iturbide con su actividad de costumbre, no dejándolos comer ni dormir, lograron reunirse algunos escasos pelotones de insurgentes en la Hacienda de Puruarán, que por lo distante de Valladolid la juzgaron un refugio seguro y allí comenzaron á dar alguna organizacion á los restos informes del antes florido ejército vencedor en tantos combates. Muy luego supieron que Iturbide iba á llegar y los generales y gefes principales se reunieron en torno de Morelos suplicándole que se tomara una posicion mas ventajosa porque allí serian fácilmente dominados por los fuegos y ataca-

dos sin poder hacer ninguna resistencia eficaz. Morelos les contestó:

—Vale más, amigos míos, que acabemos aquí todos, porque si volvemos á emprender la marcha nosotros mismos consumaremos nuestra ruina.

—Es mejor que nos destruyamos nosotros mismos huyendo, exclamó el fogoso Matamoros, que entregarnos aquí como fácil presa al enemigo.

—Tiene mucha razón el teniente general Matamoros, dijo á su vez Sesma, no le demos á Iturbide, al feroz é implacable Iturbide el placer de destruirnos y de asesinarlos.

Muniz fue el único que le dijo:

—Excelentísimo señor general, yo no opino porque huyamos sino porque nos quedemos: este ejercicio está más acostumbrado á resistir detras de los parapetos que á atacarlos, de suerte que improvisando unos, yo estoy no solamente cierto de que detendremos al enemigo, sino de que podremos derrotarlo, con solo que nos dé tres días para serenos de tanto fracaso.

Muniz era el propietario de la hacienda y quería que se la defendieran para que no se la talara el enemigo, y como su opinión era más conforme con la de Morelos que mejor prefería morir que seguir huyendo de un modo tan vergonzoso, se resolvió por el descabellado plan de que se hiciera allí la defensa.

Una vez resuelto este punto, los gefes todos se reunieron en torno de Morelos para suplicarle que él

se saliera de aquel sitio en donde estaban seguros de sucumbir.

—¡Cómo! exclamó Morelos dejando su calma acostumbrada: ¿ustedes me proponen que huya?

—Excelentísimo señor, le dijo Bravo, todos estamos dispuestos á sacrificarnos nosotros mismos, pero no á sacrificar nuestra bandera. Su excelencia es la bandera de la revolución y por lo mismo no queremos que salve la vida porque es el generalísimo Morelos, sino porque es el caudillo que representa la revolución. Perezcamos todos menos su excelencia.

Morelos insistió en que debía morir con sus compañeros de armas; pero todos se empeñaron en que debía retirarse con una poca de fuerza para servirles de refugio en caso de un desastre y solo en esa inteligencia convino en irse á la hacienda de Santa Lucia, distante seis leguas, dejando el mando á Matamoros.

—Ahora que estamos solos dijo Rayon á este gefe despues de haberse retirado Morelos, vamos conviniendo nosotros en que en este lugar la defensa no puede ser posible.

—Convengo en ello, contestó Matamoros, yo soy el primero en confesar que esta hacienda no es una posicion militar; pero es el destino el que nos obliga á combatir aquí, sabiendo que sucumbiremos.

—Rebelemonos contra el destino, general, tomemos otra posicion cualquiera.

—Es imposible eso: Morelos me ordenó defender este punto, es mi gefe y le debo completa obediencia.

Así podría mandarme que subiera al cadalso y me cortara la cabeza y hasta en ese absurdo tendría que obedecerle. Además, desde el momento en que nosotros diéramos la señal de marcha, nos abandonarían las gentes de Muñiz y de Navarrete.

—¿Y para qué queremos á esos guerrilleros que huirán á las primeras descargas?

—Están con nosotros y de la misma manera espone su vida. Si los cogen prisioneros no les perdonarán por eso menos que si fuéramos nosotros.

Ante tales razones Rayon no tuvo mas recurso que retirarse, no sin manifestarse por el gesto y por los ademanes profundamente contrariado. Entonces lo que hizo Matamoros para que aquel pudiera encontrarse mas á su gusto en la refriega, puesto que tanta repugnancia manifestaba á quedarse en las casas y corrales de la hacienda, fué ponerlo casi fuera de combate situándolo con quinientos hombres al otro lado del rio en donde de poco ó de nada podria servirle, pero desde cuyo punto le seria fácil tomar la retirada que creyera mas conveniente.

A todas estas contrariedades, á todos estos disgustos, á todos estos y otros mas grandes obstáculos, estaban de ordinario sometidos los gefes de la independencia, quienes principalmente á la hora de la desgracia llegaban siempre á verse abandonados de sus mejores amigos y partidarios.

Naturalmente las tropas con que contaba Matamoros, que no eran mas que los desordenados restos de los batallones que con regular organizacion habian

formado el ejército de Morelos, eran muy poco á propósito para luchar con las tropas realistas, que además de victoriosas venian bien organizadas y mejor dirigidas por gefes entendidos en el arte de la guerra, y mucho menos á propósito eran no contando mas que con un cañon y muy pocas municiones; pero el digno gefe iba á sacrificarse cumpliendo órdenes superiores, así lo comprendió perfectamente desde que notó la poca armonia que reinaba entre sus subalternos y que se lo denotaban no solo los soldados rasos sino hasta los oficiales, y en tal situacion lo que hizo fué prepararse del mejor modo posible á pasar aquel trance, el mas amargo quizá que habia tenido en su vida. Al efecto mandó inmediatamente que se levantara una trinchera y por la noche él mismo, que no habia dormido en las dos noches anteriores, se ocupó en hacer la ronda acompañado de la música tanto para evitar que la tropa se rindiera al sueño como que continuara desbandándose.

El enemigo no se presentó sino á las doce del día siguiente en número como de dos mil hombres, poco mas ó menos el mismo que tenia Matamoros, aunque en un estado, como dijimos antes, de todo punto lamentable.

Inmediatamente destacó aquel dos columnas que fueron flanqueando la hacienda mientras que el grueso principal avanzó de frente rompiendo un fuego nutrido de artilleria que fué contestado por el cañon de los insurgentes. Rayon, durante el primer ataque, detuvo á la caballeria que queria envolverlo; pero co-

mo su gente empezaba á desbandarse, se retiró á una loma en donde ya no sirvió más que para dar abrigo á los que siguieron desbandándose.

Matamoros hizo prodigios de valor presentándose por todas partes en donde era mayor el peligro; pero era imposible reanimar á una gente que estaba rendida por tantos trabajos y combates, que se encontraba á un grado en extremo desmoralizada y no obstante que la hacienda estaba rodeada quiso ser el último en retirarse defendiéndose con los últimos que le quedaban. Entre estos últimos estaba el coronel Rafael Fuentes al cual se lo había mandado Morelos con su valiente escolta como un recurso eficaz para que Matamoros pudiera salvarse del mayor aprieto en que pudiera verse. Lo hubiera sido en efecto, pero á la hora en que buscaron ambos sus caballos, ya estos habían desaparecido: otros que habían huido antes se los habían llevado, porque en la hora en que corre peligro la vida á nada se respeta ni á nada se atiende. Los dos, pues, se encontraban solos y á pié rodeados de enemigos.

—Por aquí, mi general, le dijo Rafael señalándole el río.

Y cada cual con su espada en la mano izquierda y una pistola en la derecha se fueron en aquella dirección. Apenas habían dado los primeros pasos cuando el coronel Fuentes cayó atravesado por una bala de fusil. Matamoros le vio caer, pero sin tiempo de auxiliarlo, siguió adelante proporcionándole la casualidad un caballo de un dragon que pasó delante de él sin

ginete. Montó en el caballo y se dirigió al puente; pero además de ser muy estrecho estaba completamente embarazado con cargas, monturas y cadáveres. Entonces retrocedió y quiso echarse al río, pero en esos momentos fué alcanzado por el dragon Eusebio Rodriguez que acompañado de otros cuatro le gritó que se rindiera.

El valiente cura contestó dirigiendo un tiro al grupo matando el caballo de uno de ellos y luego desvainando la espada siguió defendiéndose; pero llegaron otros muchos, lo cercaron completamente, fué con facilidad desarmado y se sometió sereno al infortunio.

—¿Quién es usted? le preguntó Eusebio Rodriguez teniéndolo fuertemente cogido de un brazo como para que no se le escapara.

—Soy el teniente general Matamoros, le contestó casi con arrogancia el caudillo independiente.

—Hemos hecho buena presa, muchachos, dijo entonces aquel dirigiéndose á sus compañeros: es el segundo de Morelos.

E inmediatamente lo condujeron á la hacienda á donde había entrado ya el gefe de los realistas, mariscal Llano, quien no pudo disimular su regocijo ante una aprehension tan importante.

El soldado fué premiado con una cantidad de dinero y el gran Matamoros fué mandado fusilar pocos dias después en la plaza de Valladolid, muriendo con un valor extraordinario.

¡Bendita sea la memoria de tan ilustre mexicano!

genere. Montó en el caballo y se dirigió al puente pero apenas de ser muy estrecho estaba completamente embarrado con cargas montañas y cadáveres. Entonces retrocedió y quiso echarse al río pero en esos momentos le alcanzado por el dragón Llanero Rodríguez que acompañado de otros cuatro le gritó que se rindiera.

El valiente con contestó dirigiendo un tiro al grupo matando el caballo de ellos y luego descendiendo la espada siguió deteniéndose pero llegó con otros muchos lo cercaron completamente, le con facilidad desarmaron y sacaron al interior.

CAPITULO XLI.

¡ADIÓS, RAFAEL!

—Quién os arredra, primo Eugenio Rodríguez —
 temiendo lo fuere cogido de un brazo como pa-

Después de la desigual pelea que hemos referido muy compendiadamente en el capítulo anterior, la cual hizo prolongar solo el valor de Matamoros hasta las cinco de la tarde, hora en que los mas de sus soldados habían huido y el resto se encontraban por todos lados muertos ó prisioneros, Llano destacó á Iturbide para que fuera á apoderarse de Morelos mientras él se quedaba en la hacienda de Puruarán fusilando á los prisioneros entre los que se encontraban diez y ocho oficiales. Llano, en su parte á Calleja, le dice que fusiló como unos doscientos prisioneros; pero no hace cuenta de los heridos que fusiló después en Valladolid, á los cuales mandó sacar de los hospitales, algunos agonizando ya.

Se los sacaba en camilla ó arrastrando para hacer-

los morir, subiendo el número de las víctimas con los muertos en los combates á mas de dos mil mexicanos. Fuera de la carnicería del Puente de Calderon hecha por Calleja en el ejército de Hidalgo, después de la cual se estuvieron viendo por muchos años montañas de huesos en el lugar del combate, no hubo otra en toda aquella desastrosa guerra en que se mataba á cuantos se podia, aunque no fueran cogidos con las armas en la mano, observándose la matanza como un principio político y como una regla invariable á fin de disminuir el número de los enemigos y hacer mas fácil la dominacion, con el propósito y el deseo de llegar á realizar un completo exterminio.

Era natural que así fuera, supuesto que los españoles no podían menos de ver en cada mexicano un enemigo que tarde ó temprano tenia que empuñar las armas, si no las había empuñado, para defender la independencia. Por eso fué que no perdonaron nunca á ningun prisionero fuera de la categoria que fuese, que no perdonaron tampoco á ningun sospechoso, y antes lo inventaban siempre que podían para matarlo y que no perdonaron á ningun habitante pacífico que se encontrara en las poblaciones donde se les hubiera hecho resistencia, dando por sentado que todos habían contribuido á ella de alguna manera. Engolfados por lo mismo, Llano en fusilar á sus prisioneros é Iturbide en seguir á Morelos, del cual tenia orden de apoderarse á todo trance, pues abrigaban la seguridad de que con esa captura terminaba de hecho la revolucion, no levantaron el campo esa misma